

ACTAS

DE S. JANUARIO,

S. FAUSTO, Y S. MARCIAL (1).

Sacadas de quatro Manuscritos; á saber, primero de la Biblioteca de M. Colbert; segundo de S. Cornelio de Compiègne; tercero de la Abadía de la de Selva Mayor; y el quarto de la Abadía de Claraval.

Legando á Córdoba Eugenio, Comandante por los Romanos de una parte de España, con el ánimo de obligar á los Fieles á adorar los Idolos; Fausto, Januario, y Marcial le fueron á ver, y le hablaron de esta suerte: ¿Qué pretendéis, Eugenio, con una conducta tan llena de impiedad? ¿Lexos de perseguir á los siervos del verdadero Dios, ¿por qué no los escuchais antes? ¿por qué no os poneis de su parte, abrazando humildemente su creencia? Pero Eugenio, á quien Dios había enviado á Córdoba para probar á los Fieles, y no para perderlos, ofendido de la libertad de esta reprehension, les dice: Infelices, ¿qué gentes sois? F. Somos Christianos: Jesu-Christo es nuestro Dios: aquel que es el único Señor, Dueño, y Criador de todas las cosas. E. ¿Pero qué especie de desesperacion así os ha asociado? F. No es la desesperacion la que á

no-

(1) No se sabe el año. Véanse las Notas,

nosotros nos une. ¿Y qué furor es el que os mueve á querernos hacer renunciar á nuestro Dios? E. Que lo tiendan sobre el potro, para enseñarle á hablar con el respeto que debe. Entonces Januario le dixo: O amado hermano mio! por nosotros es por quienes padeces esos tormentos, por haberte querido asociar á unos pecadores. F. Nuestra union, formada en la tierra, y mantenida por la caridad, ha de ser eterna en el cielo. Disimulando Eugenio la admiracion que le causaban unos tan tiernos sentimientos, les dixo á uno, y á otro: ¿Qué vanos discursos son esos con que nos quereis ahora engañar? ¿Os parece que por eso podré olvidar la impiedad con que me habeis respondido? J. Confesar á Jesu-Christo, no es impiedad. Volviéndose Eugenio entonces hácia Marcial: Estas gentes, le dixo, te han metido en mal negocio: si me quieres creer, apártate de ellos: ningun honor, ningun provecho hay en mezclarse con unos impíos, y mágicos. M. Dios os castigará, Eugenio. E. A este tambien que lo pongan sobre el potro. M. O bienaventurada inmortalidad de Jesu-Christo! Esta es, ó hermano mio Fausto! la que me unió á vosotros. E. Atórméntenlos hasta que esten resueltos á adorar á nuestros Dioses. F. Dificil te será á tí, y al demonio tu padre (1), hacernos abandonar una religion que hemos recibido desde la infancia, para seguir la tuya. E. Los Emperadores quieren que

(1) Hállanse estas respuestas duras, por no decir imprecaciones, en otras Actas muy verdaderas, y muy auténticas, como son las de S. Taraco, &c.

venereis á los Dioses. F. No hay sino un Dios, que todo lo hizo, y por quien subsistimos. ¿Qué Dioses son los vuestros? ¿Teneis otro que á Satanás? E. Córtenle las narices, y las orejas, y arránquenle todos los dientes de arriba. Executóse esto al instante; y Fausto no por eso se mostró menos alegre. E. Ves, Januario, lo que le cuesta á tu compañero, por querer perseverar en su loco error, y por no querer obedecer á nuestras órdenes? J. Ojalá sea yo terco, y desobediente como mi hermano, con tal que el vínculo de la caridad, que nos une, subsista siempre. E. Que hagan con este lo mismo. Ya ves, Marcial, qué males se han grangeado tus compañeros por su locura: renunciad con prudencia una compañía tan peligrosa. M. Jesu-Christo es mi consuelo: Jesu-Christo, á quien mis compañeros confiesan en alta voz, y á quien yo confieso tambien de todo mi corazón, con el Padre, y el Espíritu Santo. Entonces Eugenio, no pudiéndose contener mas, los condenó á ser quemados á fuego lento (1). Al llevarlos al suplicio, exhortaban al pueblo á permanecer fiel á Jesu-Christo. Hermanos míos muy amados, les decian, no os fieis jamás del demonio, de este enemigo declarado de los hombres, por poder que parezca que tiene hoy en el mundo; sino acordaos siempre de que estais formados á la imagen de Dios. Adoradle, bendecidle como al Autor de todas las cosas. No os dexéis engañar de aquellos que quisieran obligaros á adorar sus pro-

(1) *Ignis legitimo.*

propias obras. Confesad altamente á Jesu-Christo, y cantad dia, y noche las alabanzas de un solo Dios. Hiciéronles entrar en el fuego, donde espiraron un momento despues.

MARTIRIO

DE SANTA DROSIS (1).

Descrito por S. Crisóstomo, tom. 5. Homil. 71.

Confieso ingenuamente que tengo á los Mártires una devocion tierna, y afectuosa: gusto de celebrar sus fiestas: me complazco en publicar sus alabanzas, y en describir sus combates, particularmente quando unas mugeres son las heroínas. Porque quanto mas fragil es el vaso que recibe la gracia, mas preciosa es esta, que le conserva, le fortifica, y le hace que resista. Quanto mas debil es el que combate, mas gloriosos son los trofeos que se erige despues de su victoria. ¿Qué podrán decir en lo succesivo los hombres? ¿Qué alegarán para escusar su cobardía, quando unas mugeres muestran un valor varonil, quando se las vé prepararse á combatir por la piedad, y la religion con un ardor, y una constancia poco comunes? Y así ya no hay edad, ya no hay sexó, ya no hay condicion, que pueda servir de escusa á una vida mole, á un Chris-

(1) No se sabe el año.

tiano cobarde. Se puede esperar el vencer, y aun se debe, desde que un corazon se siente animado de un verdadero zelo, de una fé ardiente. La gracia, y por consiguiente la seguridad de la victoria, no podrá faltar á qualquiera que siente en sí mismo estas disposiciones, como no le faltó á la bienaventurada Drosis, que estaba toda llena de ella.

Tenía esta ilustre Virgen un cuerpo delicado: era de un sexô á quien se cree poder acometer impunemente; y en fin, su edad tierna, y poco avanzada, no le daba ni autoridad, ni fuerza: no obstante, entrando la gracia en su alma, desecha la timidez, y la delicadeza: dala como una tintura de valor, y de firmeza, y la dispone á arrojarse á los peligros sin temerlos. Ciertamente no hay hombre en la tierra menos capaz de ser alterado por el miedo, que el que teme á Dios: aunque sus enemigos empleen para rendirle, y acabarle el hierro, el fuego, y las crueles bestias, herido, quemado, despedazado, se reirá de sus enemigos, y los mirará con una fiereza, y total desprecio. Tal fue nuestra joven Martir. Porque despues que el tirano hizo encender á su presencia una grande hoguera, no quiso desde luego echarla en ella, ni tampoco hacerla cortar la cabeza, para que una muerte demasiado pronta no acabase el combate tan brevemente; sino queriendo intimidarla, para vencerla despues con mas facilidad, la puso delante un brasero ardiendo, preparado para ella. Levántase la llama con im-

pe-

petuosidad; pero lexos de infundir terror en el alma de Drosis, que no hace sino inflammarla del deseo de ser consumida, y aumentar el ardor de aquel fuego sagrado, que su casto corazon ha concebido por Jesu-Christo; acordóse de los tres Niños del horno, é imaginóse estar con ellos en medio de las llamas, resistirlas, despreciarlas, y recibir con estos tres jóvenes una quarta corona. A la manera que los objetos le parecen á un frenético muy diferentes de lo que son en efecto, de suerte que se arroja sin temer sobre la punta de una espada, se echa precipitadamente en medio de un fuego, ó en un precipicio; y ofuscado su espíritu de los negros vapores de su enfermedad, no vé los peligros, que hacen estremecer á los demás; del mismo modo, poseída nuestra heroina de un divino furor, é instada, si me atrevo á explicarlo de este modo, de un santo frenesí, que le causa el ardiente amor que tiene por Dios, no percibe nada de todo quanto tiene á su vista; sino como arrobada en éxtasis, y ocupada toda de la gloria, y de los placeres, que la aguardan en el cielo, nada vé sobre la tierra, que la parezca digno de su atencion, ó de su temor. Parécela que la llama, que se eleva sobre la hoguera (adonde por fin vino á subir), no es mas que una exhalacion, que vá á resolverse en una dulce, y agradable lluvia. Y así yo considero esta hoguera como una agua clara, en donde un excelente artífice templa fino acero, de que quiere hacer una obra curiosa: ó mas naturalmente un horno,

en

en donde la hermosa alma de Drosis es puesta como un oro muy puro, para salir todavía más acrisolada. Su carne se derretía, sus nervios se reducían á cenizas, sus huesos se calcinaban, su sangre, y su grasa corría por todas partes, y su alma brillante más, y más. Viendo algunos de los que eran testigos de su suplicio, que se consumía, se imaginaban que dentro de poco ya no habría rastro de ella, y ella al contrario no hacía más que hermosearse. Si un hombre poco experimentado en la fundición de metales, viese al oro en un horno derretirse, correrse, y mezclarse entre las cenizas, pensaría que aquel metal enteramente se había perdido; pero el platero juzga muy diferentemente: sabe muy bien que este precioso metal saldrá más puro, más fino, y más hermoso: sírvese de él para engastar los diamantes, y las perlas. De este modo viendo los Paganos, que el fuego insensiblemente hacía perder al cuerpo de nuestra Martir su figura, y que no se distinguía más de un montón de cenizas, creían que esta misma no era más que un poco de polvo; pero los Fieles juzgaban de muy diferente manera. No ignoraban ellos que subsistía más que nunca, y miraban con placer elevarse su alma al cielo muy brillante, después de haberse como descargado de todo lo craso que la rodeaba, y revestido de la inmortalidad.

Más decimos: que el brasero, sobre el qual subió, vino á ser para ella un teatro de honor, en donde aun antes de la resurrección, apareció vic-

victoriosa de sus enemigos. Porque conforme iba obrando el fuego en su carne, la hacía crugir, y este ruido ponía en fuga á las potestades infernales. Mirad á un soldado cubierto de sus armas: escuchad el ruido que hace quando marcha al combate: aquel sonido guerrero que producen, tiene no sé qué, que inspira terror, á lo menos en las almas temerosas. Pues lo mismo sucede con el pellejo de Drosis: ahuyenta á los demonios con el ruido que hace en el fuego. Pero no es este el único medio de que se sirve para echarlos; porque después que la llama penetró sus miembros, el humo que se eleva de su cuerpo todo abrasado, encontrando en el ayre á estos miserables espíritus, los aparta; porque no pueden sufrirlo con su olfato; y si el humo impuro de los sacrificios pudo corromper, é infestar al ayre mismo: este otro, que sube de la hoguera de Drosis, le hace purificarse. ¿Y me atreveré yo á hacer una comparación entre dos cosas enteramente opuestas; esto es, entre una hoguera, y una fuente? Porque así como la admirable Drosis, para lavarse en una fuente, se hubiera despojado antes de sus ropas; del mismo modo, queriendo limpiar su alma de todas sus manchas, y hermosearla á los ojos de su Esposo, la purificó en las llamas, después de haber dexado su vestidura, quiero decir, su carne. Pero hé aquí que los Angeles la acompañan, con mucha más alegría que al alma de Lázaro, quando tomó su vuelo al seno de Abran. ¿Y no podríamos nosotros llamar también á esta ho-

Tóm. III. N gue-

guera un vaso lleno de color de púrpura, á donde Drosis habría venido á teñir su túnica, para ser recibida en la sala de las bodas?

¡O maravillosa hoguera, qué tesoro no encierras dentro de tí! Una ceniza mas preciosa que el oro: un olor mas agradable que los perfumes mas exquisitos: mas brillante que los diamantes, y los rubíes. Y á la verdad, las reliquias de los Mártires tienen un poder, que ni el oro, ni las perlas tendrán jamás. El oro jamás podrá echar las enfermedades. ¿Se ha visto alguna vez á la muerte obedecer al oro, y á solo su contacto abandonar un cuerpo de que ya se hubiese apoderado? Sin duda que no: pues esto es lo que todos los dias hacen las reliquias de los Santos Mártires.

MARTIRIO

DE S. GINÉS,

ESCRIBANO EN ARLES (1).

Escrito por el Obispo Paulino, de feliz memoria,

Y sacado de siete Manuscritos; á saber: dos de la Biblioteca de M. Colbert; y los otros cinco de S. Mauro de las Fosas, de S. German de Auxerre, del Cister, del Señor Presidente Boubier, y de S. German de los Prados.

S. Ginés (2), á quien la Ciudad de Arlés reconoce por su hijo, y le venera como á su padre, siguió las armas en su juventud: despues estudió con mucha aplicacion, y exerció con gran crédito aquel arte tan util, que sabe pintar con un solo rasgo la voz sobre el papel: que por la prontitud de la mano, iguala á la rapidez del discurso de un Orador; y que dá palabra por palabra con sus cifras las harengas de los Abogados, las deposiciones de los testigos, y las respuestas de los acusados. Pero se puede decir que este arte fue en él como una figura; ó por mejor decir, como un presagio de la eterna gloria que posee hoy dia, y que mereció oyendo con atencion

N 2 los

(1) No se sabe el año: el dia fue el 25 de Agosto. (2) Gregorio de Tours, *lib. 1. de la Gloria de los Mártires, cap. 68*: el Misal Mozárabe á 25 de Agosto; y Prudencio, *himno 4 del libro de las Coronas*, hacen el elogio de S. Ginés.

los preceptos del Señor, escribiéndolos al punto con una exáctitud extrema sobre las tablas de su corazon. Pero llegó un día en que exerciendo á presencia del Juez de Arlés su oficio, se llegó á leer un impío, y sacrílego edicto, que los Emperadores hacian publicar por todas las Provincias. Quedaron ofendidos los oidos del piadoso Escribano, y su mano rehusó escribirlo. Hizo mas: levantóse, arrojó sus registros á los pies del Juez, y renunció para siempre un tan triste exercicio. Pero al mismo tiempo, para obedecer al Evangelio, que permite, y aun manda evitar en la persecucion el primer tiro, se ocultó prontamente al furor del Juez, mudandó continuamente de retiro, y huyendo de Ciudad en Ciudad, como el mismo Evangelio dice. Dióse al punto orden de buscarle, y de prenderle. Pero no siendo facil descubrir el lugar en que se oculta, disponen que en qualquiera parte que se halle, sea condenado á muerte luego al punto. Sabiendo esto Ginés, ya por un rumor comun, ó por noticias secretas, que le habian comunicado sus amigos, tomó nuevas precauciones para quedarse encubierto; acomodándose el espíritu en esta ocasion á la enfermedad de la carne. No obstante, como le pareciese necesario ser fortificado en la fé del bautismo, porque no había sido aún reengendrado en el agua por el Espíritu Santo, lo hizo pedir al Obispo por algunas personas de confianza; pero ó fuese que en estos intermedios hubiesen preso al mismo Obispo; ó que desconfiára

es-

este de la juventud de Ginés, no quiso exponer el Sacramento; como quiera que fuese, dilató el conferirselo, enviándole á decir solamente que su sangre derramada por Jesu-Christo, le serviría en lugar del bautismo, que tan ardientemente deseaba recibir. A mí me parece que fue una disposicion particular de la providencia, que el Obispo tuviese alguna dificultad en bautizarle. Sin duda quiso el cielo tener él solo parte en su consagracion, y que Jesu-Christo le preparaba dos bautismos, uno de agua, y el otro de sangre, saliendo ambos á dos del costado de este divino Salvador.

En efecto, penetrando Dios en las disposiciones del corazon de aquel que debía ser muy en breve Martir, no pudo consentir dilatar por mas tiempo el coronarle. Mostróle, pues, á sus verdugos, y le ofreció á la espada de los que estaban sedientos de su sangre. Viéndose Ginés descubier-to, se arroja por sí mismo al Rona, temiendo mucho menos la violencia de este rápido rio, que la de los hombres. Pero respetando las aguas al Santo, sirvieron de purificarle de las manchas que pudo contraher en el comercio del siglo. Vinieron estas á ser para él como las aguas de un nuevo Jordan; y por un duplicado misterio que se obró entonces, las aguas del Rona consagraron el cuerpo del Santo, y este recíprocamente las aguas. Esto fue tambien probablemente lo que le hizo atravesar, sin nadar, aquel impetuoso rio. El mismo amor con que caminó S. Pedro sobre un lago, movió á Ginés de una orilla del Ródano á la otra:

Tom. III.

N 3

am-

ambos á dos iban á Jesu-Christo. Pero los verdugos , que le iban cerca , pasaron con él ; y habiéndole alcanzado á la orilla , en donde acababa de tomar tierra , le quitaron la vida , degollándole con su espada , en el mismo lugar que Dios había señalado para recibir la sangre de su Martir. Erigióse allí despues un Oratorio , adonde los Fieles van en tropas á ofrecer sus votos , seguros de alcanzar el cumplimiento. En tanto , separada de su cuerpo el alma de Ginés , vuelve á subir al lugar de su origen , que es el cielo ; y el cuerpo , formado de la tierra , se quedó en ella. Los Christianos de aquel tiempo hicieron de manera que las dos Ciudades fundadas sobre las dos orillas del Rona (1) , gozasen de este precioso tesoro sin dividirlo. Porque la tierra del lugar en que el Martir había derramado su sangre , conserva encarecidamente los vestigios ; y el cuerpo transportado á la otra orilla del rio , le sirve de adorno , y de defensa. Y así , presente el Santo en algun modo en estos dos lugares , honra á la una de las dos Ciudades con su sangre , y á la otra con su cuerpo.

(1) Ausonio llama Ciudad duplicada á la Ciudad de Arlés , y hace pasar al Rona por entre las dos. Eusebio la divide tambien del mismo modo en dos ; y pone igualmente una parte á la orilla del Rona , y del lado opuesto otra.

MARTIRIO

DE S. JULIAN (1).

Sacado de S. Juan Crisóstomo, Homil. 47. tom. I.

LA misma Provincia que vió nacer al gran Pablo para el Apostolado , produjo á Julian para el martirio ; y la Cilicia dió á la Iglesia estos dos Santos. Luego que se declaró la guerra á los soldados de Jesu-Christo , y que llegó el tiempo de la pelea , ó lucha , este último cayó en manos de un hombre , que con el título de Magistrado , exercía la crueldad de una bestia feroz. Pero considerad un poco el artificio. Conociendo este malvado Juez que el alma de Julian era de un temple tan impenetrable , que los suplicios no podian alterarle , emprendió vencerle dándole tiempo dilatado. Haciale comparecer ante sí todos los dias ; y le volvía á enviar despues á la carcel , concediéndole nuevamente largas. No quiso cortarle luego la cabeza ; porque esta muerte tan pronta hubiera sido muy favorable al Martir ; y no era esto lo que pretendía aquel Juez inhumano. Buscaba cómo probar su paciencia con repetidos interrogatorios , y amenazas , con la vista de los tormentos , con promesas ; y en fin , sirviéndose de varias invenciones para estremecer

N 4

es-

(1) El dia 16 de Marzo. El año se ignora.